

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

- La alegría de la fe: Jesucristo (4), 3 de febrero..... 59
- Manos Unidas en nueva campaña, 10 de febrero..... 60
- La plenitud del camino cristiano: El Bautismo precede pero está asociado a la Eucaristía, 17 de febrero..... 62

II. Homilias

- Domingo II, de Cuaresma, 24 de febrero..... 64

Secretaría General

- I. Nombramientos*..... 67

II. Delegación diocesana para el clero

- Ejercicios Espirituales para sacerdotes..... 67

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS

LA ALEGRÍA DE LA FE: JESUCRISTO (4)

Escrito dominical, 3 de febrero

La Navidad y otros acontecimientos eclesiales de Toledo o la Iglesia universal me encaminaron a escribir en “Padre nuestro” de temas que no tenían directamente que ver con la exposición de nuestra fe contenida en el Credo. Volvemos a hablar de la alegría de la fe. También cuando consideramos que Jesucristo fue crucificado, muerto y sepultado.

Situándonos en silencio ante Jesús colgado del madero de la cruz, llegue hasta nosotros el eco de estas palabras del Señor en la Última Cena: “Ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos” (Mc 14,24). La conclusión es fuerte: Él quiso ofrecer su vida en sacrificio para el perdón de los pecados de la humanidad. Lo mismo que sucede ante el hecho increíble de la Eucaristía, ante la pasión y muerte de Jesús en la cruz el misterio se hace insondable. Tantas veces como considero estos sucesos de la historia de Cristo me parece que estamos ante algo que humanamente podría parecer absurdo: nuestro Dios no sólo se hace hombre, sometido a todas las necesidades del ser humano; no sólo sufre para salvar al hombre cargando sobre sí toda la tragedia de la humanidad, sino que además muere por amor al hombre. No estamos acostumbrados a que a nuestro alrededor se ame de esta manera, se viva la muerte a la vez con la angustia que experimenta Jesús y con la serenidad del que sabe que entrega la vida para que la salvación llegue a nosotros. El que no tenía pecado, se hizo pecado, entrega su espíritu y el Espíritu Santo, al cumplir toda justicia.

La muerte de Cristo, además, recuerda el cúmulo de dolor y de males que

pesa sobre la humanidad de todos los tiempos: el peso aplastante de nuestro morir, el odio y la violencia que aún hoy ensangrientan la tierra. La pasión de Cristo continúa en el sufrimiento de los hombres y mujeres. Como afirmaba Blas Pascal, “Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo; no hay que dormir en este tiempo” (Pensamientos, 553). ¿Es, pues, el Viernes Santo un día lleno de tristeza? No, porque al mismo tiempo es un día propicio para renovar nuestra fe, para reafirmar nuestra esperanza y la valentía de llevar cada uno nuestra cruz con humildad, confianza y abandono en Dios, seguros, además, de su apoyo y de su victoria, hasta el punto que en la liturgia de este día se canta: “¡Salve, oh cruz, esperanza única!”

En el gran silencio del Sábado Santo la misma esperanza es alimentada, en espera de la resurrección de Cristo. Es verdad que en este día las iglesias están desnudas y no se celebran ritos litúrgicos. Pero también es verdad que la Iglesia vela en oración como María y junto a María, compartiendo sus mismos sentimientos de dolor y confianza en Dios. Y se anima a los fieles a acercarse al sacramento de la Penitencia, para poder participar, realmente renovados, en las fiestas pascuales.

Ese recogimiento y silencio del Sábado Santo lleva consigo en nosotros tener experiencia de la sepultura de Jesús; pero también nos llevará en la noche a la solemne Vigilia Pascual, “madre de todas las vigiliass”, cuando prorrumpe en todos los templos y comunidades el canto de alegría por la resurrección de Cristo. Creo sinceramente que, sin una vivencia profunda de la gran Vigilia Pascual, uno que se declara cristiano muestra un déficit notable en su fe. Entre otras cosas, no podrá gozar de una alegría indescriptible que trae consigo el canto por la resurrección de Jesucristo, que es victoria de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte.

La Iglesia en la Pascua se llena de júbilo en el encuentro con su Señor. Este es el clima de la Pascua de Resurrección. Es la explosión de gozosa paz, que hace a los que creemos en Jesús hombre y mujeres nuevos. No estamos lejos de la preparación a la Pascua 2013 que es la Cuaresma. Podemos, pues, aprovecharla para de nuevo sentir a Cristo, que tiene el oficio de consolar.

MANOS UNIDAS EN NUEVA CAMPAÑA

Escrito dominical, 10 de febrero

Desde 1988, en mi primer año como obispo, vengo escribiendo sobre esta ONG católica de voluntarios, que dedica todos sus esfuerzos para motivar a hombres y mujeres de la Iglesia Católica, y a cuantos quieren colaborar, en el desarrollo de los países más desfavorecidos, sobre todo en la lucha contra el

hambre en el mundo y sus causas. ¿Quién no conoce la manera sencilla y eficaz de trabajar en cada parroquia de Manos Unidas, siempre con voluntarios, con proyectos concretos que llevan a cabo con las diferentes contrapartes en los lugares de origen? En estos 25 años siempre he exhortado a actuar, colaborar e implicarse en una tarea encomiable y que goza de buena salud, pues es una obra de la Iglesia, radicada en las comunidades parroquiales, en la que mucha gente colabora porque es organización católica fiable.

Pero en todos estos años no he pensado sólo en que colaboren todos los demás, quedándome yo en la barrera sin entrar en la lidia de ese toro de la injusticia del hambre en el mundo, el subdesarrollo o la falta de posibilidades en tantos campos para los más pobres: salud, escuela, cooperación al desarrollo. Hay en mí un convencimiento personal de la validez de este trabajo por los más pobres, que habitan fuera de nuestra patria, sin olvidar a tantos que en nuestro entorno lo pasan mal y que son objeto de los cuidados de los católicos en otras organizaciones. Pienso en Cáritas pero también en otras iniciativas públicas o privadas en las que actúan católicos junto a otras personas sensibilizadas con la pobreza y las desigualdades.

Cuando digo todo esto, no estoy pensando en que yo pueda dedicar más tiempo a insertarme en un grupo de Manos Unidas y dedique un tiempo de mis horas de trabajo o de ocio a las tareas que allí se llevan a cabo. Esto tal vez fuera posible, aunque no en las actuales circunstancias de mi vida y ministerio. Lo cual no significa que sólo me dedique a escribir asépticamente sobre este tema como pueda hacerlo sobre otro. No. Uno siente que es cristiano, discípulo de Cristo, pero además soy miembro de este mundo y vivo en esta sociedad; y no puedo quedarse cruzado de brazos ante lo que nos pasa a los hombres y mujeres. Hay que implicarse de esta o de aquella manera; todo menos encerrarse en sus problemas o mirar el panorama como si no fuera con nosotros. ¿Por qué os digo todo esto, cuando debía hablaros de Manos Unidas y su Campaña o los proyectos que vamos a emprender con los dineros que recaudemos? Sencillamente porque eso lo hacen otras personas de Manos Unidas mejor que yo. Y os digo que, al ir cumpliendo años y, tras algunos ya de considerar tantos males que aquejan a la humanidad, siento en mí una serie de convicciones que, a mi modo de ver, son reseñables y significativas. Una de ellas es que hay que colaborar con lo que está de nuestra mano –y tenemos una mano muy larga, cuando queremos– y dejarse de quejas. Hay muchos que, por afiliación o por gusto o por otras causas, protestan, pero no sé si se quedan sólo en la protesta; no es que yo considere que no sea necesaria la protesta, pero lo decisivo es lo que hay en mí y que yo me mueva y me cueste trabajar por el bien común.

Otra convicción a la que he llegado es que hay muchísima gente sencilla, con sus debilidades, pero con un corazón sin complicaciones, que siempre actúa con su dinero, con sus sonrisas, con su apoyo, con su trabajo por Manos

Unidas y que, al ofrecerse en lo que puede hacerlo, siente que sería bonito que algún día los más pequeños, los más heridos, sean los preferidos. Otra convicción es que, cuando uno se pone en marcha, a su alrededor otros se mueven y arrastra. Las cosas no las hace la masa, las hace la persona humana unida a otros, y a otros, que se van ayudando a sensibilizarse.

Jesús no contaba con muchos cuando salió a predicar y anunciar el Reinado de Dios; nunca tuvo alrededor grandes muchedumbres. La Tierra donde nació Jesús era y es pequeña. Pero sí os digo que, junto a Él, nadie se sentía seguro o parado, porque su persona incitaba al bien, con la plena libertad que transmitía. Antes de hablar, Jesucristo era ejemplo, impulso, deseo de llevar a cabo «su bautismo», es decir, lo que tenía dentro de sí, que había recibido del Padre de los cielos. En su interior había y hay amor, deseo de amar, de salir de sí mismo, entusiasmo extender el amor de Dios. Y un conocimiento de la persona, del corazón humano como nadie, y al que llegaba directamente.

Hermanos, en la tarea de Manos Unidas, como en tantos empeños en los que debemos estar comprometidos, no se nos pide perfección, se nos pide amor, reflexión, oración y mirar con los ojos de Cristo a las personas a las que sabemos nos necesitan. Es el corazón lo que hay que cambiar..., aunque también es bueno que nuestro dinero cambie de lugar: de nuestro bolsillo o cuenta corriente a socorrer la necesidad de los que llevan muchos más años que nosotros en crisis. Dios os bendiga.

LA PLENITUD DEL CAMINO CRISTIANO: EL BAUTISMO PRECEDE PERO ESTÁ ORIENTADO A LA EUCARISTÍA

Escrito dominical, 17 de febrero

Pronto nos llega este año la Cuaresma, ese tiempo privilegiado para la Iniciación Cristiana o para renovarla. Estos cuarenta días tienen un itinerario personal que cada uno de nosotros debe elaborar, en diálogo con Jesucristo, para que el Misterio Pascual sea vivido por los catecúmenos por primera vez, y por los ya bautizados como la vez primera o aquella que hayamos vivido mejor tan gran misterio. Pero hay también un itinerario eclesial en esta Cuaresma que tiene, a mi modo de ver, estos perfiles: orar por Catecúmenos y pecadores bautizados (la inmensa mayoría del Pueblo de Dios lo somos); evangelizar con nuestra vida y nuestra palabra a quienes no gustan de la dulzura del conocimiento de Cristo y el encuentro con Él; hacer obras de caridad porque nos sabemos amados por Jesucristo que nos muestra al Padre; renovar la fe verdadera, regalo de nuestro Dios.

Una vez más hay que dar las gracias a Dios por el Papa Benedicto. Su carta

para la Cuaresma 2013, en pleno Año de la Fe, es un regalo. Da luz y anima a vivir la vida cristiana con más convicción y mejor disposición. Les pido que lean este Mensaje. Se tardan pocos minutos en leerlo y recibimos ánimo y ganas de vivir, que bien necesitamos en las circunstancias en la que vive nuestro país y lógicamente también la Iglesia, inmersa en esta sociedad alicaída y desanimada por tantos problemas, pero con hombres y mujeres a quienes animar a salir de sí mismo para mejorar y cobrar fuerzas de cara a afrontar el paro, la corrupción, la desidia y las ganas de tirar todo por la borda.

El Papa cita un texto de san Pablo que «muestra la relación entre fe y obras de caridad», un tema muy importante en la vida del bautizado y del que lo será en esta Pascua: «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso Él que practicásemos» (Ef. 2, 8-10). Aquí se percibe, por un lado, que llegamos a ser cristianos porque Dios ha tenido la iniciativa: nos ha dado su perdón, acogido en la fe, su gracia y su amistad. Pero esta iniciativa no nace de nosotros personas muchas veces encogidas, sin libertad, sin iniciativa propia, sin responsabilidad. No, nace de Dios y nos impulsa a ser auténticos y orienta hacia las obras de caridad.

Benedicto XVI descubre con maestría inigualable la relación entre fe y caridad: «entre creer en el Dios de Jesucristo y, el amor, que es fruto de la acción del Espíritu Santo y nos guía por un camino de entrega a Dios y a los demás». Estas relaciones entre fe y caridad yo no sabría describirlas, ni de lejos, mejor que el Santo Padre. Lean el Mensaje y compruébenlo. Yo sólo subrayo algún aspecto de este proceso. Nos sentimos amados por Dios, amados en Jesucristo antes de hacerlo nosotros a Él; ese amor llega a nosotros y, cuando nosotros queremos amar en consecuencia a los demás, ese amor ya no es sólo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro.

El cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo y movido por ese amor, está abierto de modo profundo y concreto al amor al prójimo. El «sí» de la fe en nosotros marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido. Cuando dejamos entonces espacio a Dios en nuestra vida, participamos de su mismo amor y caridad y nos abrimos a los demás en respuesta de amor. Por eso con la fe se entra en la amistad con el Señor, pero con la caridad hacia los demás se vive y se cultiva esta amistad (cf. Jn 15, 14s).

No podemos separar u oponer fe y caridad como no podemos separar Bautismo y Eucaristía del amor a los demás. Por eso ninguna acción es más benéfica y caritativa hacia el prójimo que partir el Pan de la Palabra de Dios,

hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios. Lógicamente esto no significa que no tengamos en cuenta la pobreza y la situación de riesgo de los más excluidos. Por eso el Papa afirma algo políticamente incorrecto: «La evangelización es la promoción más alta e integral de la persona humana». «La verdad originaria del amor de Dios por nosotros, vivida y anunciada, abre nuestra existencia a aceptar este amor haciendo posible el desarrollo integral de la humanidad y de cada hombre» (cf. *Caritas in veritate* 8). Ejercitemos este amor de Dios en la Cuaresma que nos prepara a la Pascua.

II. HOMILÍAS

DOMINGO II DE CUARESMA

S. I. Catedral Primada, 24 de febrero

Celebramos un domingo de Cuaresma: hemos cantado las letanías de los Santos; necesitamos su ayuda tanto catecúmenos como bautizados. Pasamos por pruebas y desesperanzas, pero la esperanza cristiana es firme, porque Dios es fiel y no defrauda. Así lo indica la primera lectura; en ella se nos anuncia que Abraham “creyó al Señor y se le contó en su haber”. Pero al padre de los creyentes le costó entrar en el misterio de Dios; también a los Apóstoles. La escena de la transfiguración tiene también que ver con esta esperanza tenue o mal enfocada de los Doce cuando se enfrentan con la noticia de la Pasión de Cristo.

Pero Abraham y los tres apóstoles salen fortalecidos de la prueba. La alianza de Dios con Abraham, la ha hecho también con nosotros; de algún modo lo que él vivió lo experimentamos también nosotros. Por creer en Jesús, el Hijo de Dios, los cristianos somos, además, los verdaderos descendientes de Abraham. La Pascua del Señor, que es su muerte y su resurrección, ha hecho posible la nueva alianza de Dios con su nuevo Pueblo. Vivir mejor esta alianza, prepararse a ella es lo que la Iglesia pretende con la Cuaresma cada año.

Para confiar en el Dios fiel necesitamos, sin embargo, ver y gustar la promesa que Él nos hace: “A tus descendientes les daré esta tierra desde el río de Egipto al gran Río”, se le dice a Abraham; y san Pablo dice a los filipenses: “El Señor Jesucristo... transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo”. Aunque parezca, pues, que la promesa no llega, se hace presente por la ayuda poderosa de Dios.

En el transcurso de la vida pública de Jesús, los tres evangelios sinópticos

nos cuentan el impacto que causó en los Doce el anuncio que Jesús hizo de su muerte. Tenían una idea muy concreta de cómo entender la figura del Mesías, que coincidía bastante con lo que pensaban la mayor parte de los contemporáneos de Cristo. Él tiene, por ello, que dedicarse, tras el anuncio de su muerte, a una enseñanza particular sobre su Persona: quería prepararles para la prueba que su pasión les provocaría. Un Mesías sufriente era duro para los Apóstoles; tal vez también para nosotros. La Transfiguración de Cristo viene a ayudar a los discípulos a superar el escándalo, que no llegará a su fin sino en la mañana de la Resurrección.

La transfiguración de Jesucristo en el Monte Tabor es quizás uno de los acontecimientos más extraños a la mentalidad de hoy, pues estamos acostumbrados a pensar conceptos y a imaginar formas. Por eso, intentamos imaginar cómo sería esta nueva forma de Cristo que se transfigura. Y san Lucas, como sucede en otros pasajes evangélicos en que se ha de narrar algo que es misterioso, y, por así decir, inexpresable, recurre para ello al lenguaje del AT cuando describe una manifestación de Dios: la nube, los vestidos blancos, el esplendor del rostro de Cristo, Moisés y Elías. Estos elementos tratan de acercarnos a Jesús que el Padre les reveló en un instante.

Con instinto certero, la Iglesia propone la lectura de la Transfiguración en Cuaresma, ahora que nosotros, al igual que los discípulos de antaño, nos preparamos para vivir los misterios de la Pascua. Los antiguos Padres de la Iglesia ya destacaron que la Transfiguración de Cristo era un regalo que hizo Dios a los Apóstoles presentes, quitando el velo de sus ojos, para hacerlos ver en la humanidad de Cristo, en su rostro concreto, la luz del Dios inaccesible. Por tanto, se trata de un gesto de la caridad de Dios hacia los Apóstoles para mantenerlos en la relación con Cristo, de manera que cuando vieran su rostro escupido, ensangrentado y humillado, permanecieran firmes, seguros de que ese mismo rostro era el rostro del Hijo de Dios que no podía ser vencido por el mal.

Pensemos ahora en la situación de la Iglesia: tal vez estamos un poco sorprendidos por el anuncio que Benedicto XVI declaró el 11 de febrero; estamos también un poco tristes por no gozar en adelante de su ministerio y la luz que su palabra sabia nos ha prestado en estos casi 8 años como Papa; el día 28 habrá sede vacante. ¿No tendremos, por ello, enseguida un Papa nuevo? ¿Por qué tener miedo o zozobra? Ciertamente, pero así es nuestra humanidad débil. Venga en nuestra ayuda un sermón de san Juan de Ávila, para hacernos caer en la cuenta de la importancia del Papa, sucesor de Pedro, en la vida de la Iglesia, pero también cómo Cristo, fundador de la Iglesia nos proporciona siempre el agua de su gracia.

Se trata de un sermón en Jueves Santo (sermón 33). Avanzando dicho sermón, dice el Maestro Ávila: “Veamos a que casa los envía (Jesús) para que

le aparejen la Pascua (...) ¿Qué señas, Señor, tiene vuestra casa, para que los discípulos atinen a ella para os aparejar la fiesta? ¿Qué señas tienes Señor? Al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre... seguid a un hombre que lleva un cántaro de agua- ¡Válame Dios, y qué señal tan extraña, tan humilde y tan cierta y llena de significación!... En la divina Escritura, el agua significa la gracia. ¡Obscuras señas son, Señor! Pues mirad bien, que el agua va en cántaro, y así podréis por el cántaro atinar el agua. ¿Qué cántaro contiene gracia celestial con que se apagan los malos deseos, y se riega el ánima, con que da fruto que lleve a la vida eterna, sino los sacramentos de la iglesia...?”. Continúa el nuevo Doctor de la Iglesia: “Aquella Iglesia que cree y tiene la Escritura divina, y que tiene y confiesa haber sacramentos por los cuales se da la gracia, aquella tiene señales de verdadera Iglesia... ¿Qué haremos, Señor, si hay herejes que digan que creen la Escritura y tienen a su modo sacramentos, dicen que tienen fe en Cristo y dicen maravillas de Él? Dadme otra señal más precisa y que no me deje engañar; señal clara, visible, manifiesta. ¿Cuál es, Señor, vuestra Iglesia? Mirad bien en lo que he dicho, que allí lo veréis. No digo yo; Entrad en una casa y mirad donde hubiere un cántaro de agua y allí aparejad, sino: Seguid un hombre que lleva un cántaro de agua. Si miráis a solas el agua o el cántaro, por ventura os engañaréis; más mirad que lo lleva un hombre, y de cierto no os faltará nada para acertar. Herejes puede haber que traten palabras de Dios, sacramentos; mas no quieren confesar que hay un hombre no más que lleve ese cántaro de agua. Dicen que no es menester que haya cabeza que sea hombre, sino que basta que el que es Dios y hombre sea cabeza, y que a ése habemos de seguir”.

Quiero destacar ahora, teniendo en cuenta qué papel juega en el Pueblo de Dios el sucesor de Pedro, las palabras de san Juan de Ávila que son el centro de este Sermón del Jueves Santo: “Mirad que dice que un hombre lleva el cántaro de agua, porque ha de haber un hombre que sea cabeza y guía a quien vosotros sigáis, para acertar a la Iglesia. San Pablo dice: Una fe, un bautismo (Ef 4,5). Pues nunca habrá una fe, ni un bautismo, ni un Dios, ni un Cristo en los entendimientos de los hombres, si no hay un hombre que lleve el cántaro de agua, al cual vosotros sigáis”.

He aquí expresado con bellas palabras lo que Cristo ha querido para su Iglesia y el oficio del sucesor de Pedro en el Colegio Apostólico, y hoy al presidir a todas las Iglesias en la caridad. ¡Gracias Santo Padre, Benedicto XVI! Rezaremos con confianza por el próximo Obispo de Roma, como su Santidad ha pedido en estos días últimos de su pontificado. Así sea.

SECRETARÍA GENERAL

I. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 26 de febrero:

-D. José Antonio Sánchez-Valdemoro Romero, Viceconsiliario del Centro de la Asociación Católica de Propagandistas de Toledo.

II. DELEGACIÓN DIOCESANA PARA EL CLERO

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA SACERDOTES

Se ha celebrado por primera vez en la Casa Sacerdotal “Saturnino Ortega”, de Talavera de la Reina, una tanda de Ejercicios Espirituales para sacerdotes del 3 al 8 de febrero de 2013.

Sacerdotes ejercitantes:

1. D. Julio-Damián Muñoz Cuesta. Talavera
2. D. Mariano de la Peña Sánchez-Heredero. Talavera
3. D. Carlos Bravo Gómez. Talavera
4. D. Adolfo Arganda Martínez. Talavera
5. D. Pedro Arganda Martínez. Talavera
6. D. Gustavo Querejeta Arias. Lucillos.

Director de la tanda:

D. Ricardo Vargas García Tenorio, auxiliar de la basílica de Ntra. Señora del Prado, de Talavera de la Reina.

